



H. P. Lovecraft
Del Más Allá

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DEL MÁS ALLÁ

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1920
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

El cambio que se había producido en mi mejor amigo, Crawford Tillinghast, era terrible. No le había vuelto a ver desde aquel día, dos meses y medio antes, en que me dijo hacia qué meta se dirigían sus investigaciones físicas y metafísicas; cuando había respondido a mis asombradas y casi asustadas protestas expulsándome de su laboratorio y de su casa en un arranque de furia fanática. Yo sabía que ahora permanecía casi siempre encerrado en el laboratorio del ático con esa maldita máquina eléctrica, comiendo poco y excluyendo incluso a los sirvientes, pero no había pensado que un breve período de diez semanas pudiera alterar y desfigurar tanto a cualquier criatura humana. No es agradable ver a un hombre robusto adelgazar de repente, y es aún peor cuando la piel holgada se vuelve amarillenta o gris, los ojos hundidos, rodeados y extrañamente brillantes, la frente veteada y ondulada, y las manos temblorosas y crispadas. Y si a esto se añade un repelente desaliño, un salvaje desorden en el vestir, una mata de pelo oscuro blanco en las raíces y un crecimiento incontrolado de barba blanca en un rostro antes bien afeitado, el efecto acumulado es bastante chocante. Pero tal era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que su mensaje medio coherente me llevó a su puerta después de mis semanas de exilio; tal era el espectro que temblaba al admitirme, con la vela en la mano, y que miraba furtivamente por encima del hombro como si temiera cosas invisibles en la antigua y solitaria casa situada al fondo de la calle Benevolent.

Que Crawford Tillinghast haya estudiado alguna vez ciencia y filosofía fue un error. Estas cosas deberían dejarse en manos del investigador frígido e impersonal, ya que ofrecen dos alternativas igualmente trágicas al hombre de sentimiento y acción; la desesperación, si fracasa en su búsqueda, y terrores indecibles e inimaginables si tiene éxito. Tillinghast había sido una vez presa del fracaso, solitario y melancólico; pero ahora sabía, con nauseabundos temores propios, que era presa del éxito. De hecho, se lo había advertido diez semanas antes, cuando irrumpió con su relato de lo que sentía que iba a descubrir. Entonces se había sonrojado y excitado, hablando con una voz alta y poco natural, aunque siempre pedante.

"¿Qué sabemos", dijo, "del mundo y del universo que nos rodea? Nuestros medios para recibir impresiones son absurdamente escasos, y nuestras nociones de los objetos circundantes infinitamente reducidas. Vemos las cosas sólo como estamos contruidos para verlas, y no podemos hacernos una idea de su naturaleza absoluta. Con cinco débiles sentidos pretendemos

comprender el ilimitadamente complejo cosmos, y sin embargo otros seres con una gama de sentidos más amplia, más fuerte o diferente, no sólo podrían ver de manera muy diferente las cosas que vemos, sino que podrían ver y estudiar mundos enteros de materia, energía y vida que se encuentran cerca, pero que nunca pueden ser detectados con los sentidos que tenemos. Siempre he creído que esos mundos extraños e inaccesibles existen a nuestros pies, y ahora creo que he encontrado la manera de romper las barreras. No estoy bromeando. Dentro de veinticuatro horas esa máquina cercana a la mesa generará ondas que actuarán sobre órganos sensoriales no reconocidos que existen en nosotros como vestigios atrofiados o rudimentarios. Esas ondas nos abrirán muchas vistas desconocidas para el hombre y varias desconocidas para todo lo que consideramos vida orgánica. Veremos aquello por lo que los perros aúllan en la oscuridad, y aquello por lo que los gatos aguzan el oído después de medianoche. Veremos estas cosas y otras que ninguna criatura que respire ha visto todavía. Saltaremos el tiempo, el espacio y las dimensiones, y sin movimiento corporal nos asomaremos al fondo de la creación".

Cuando Tillinghast dijo estas cosas, yo protesté, pues lo conocía lo bastante bien como para asustarme más que divertirme; pero era un fanático, y me echó de la casa. Ahora no era menos fanático, pero su deseo de hablar había vencido su resentimiento, y me había escrito imperativamente con una mano que apenas podía reconocer. Al entrar en la morada del amigo tan súbitamente metamorfoseado en gárgola temblorosa, me contagió el terror que parecía acechar en todas las sombras. Las palabras y las creencias expresadas diez semanas antes parecían tener cuerpo en la oscuridad más allá del pequeño círculo de luz de las velas, y me enfermé al escuchar la voz hueca y alterada de mi anfitrión. Deseé que los sirvientes estuvieran cerca, y no me gustó que dijera que todos se habían ido tres días antes. Me pareció extraño que el viejo Gregory, por lo menos, abandonara a su amo sin decírselo a un amigo tan probado como yo. Fue él quien me había dado toda la información que tenía de Tillinghast después de haber sido repelido con furia.

Sin embargo, pronto subordiné todos mis temores a mi creciente curiosidad y fascinación. Sólo podía adivinar lo que Crawford Tillinghast deseaba de mí, pero no podía dudar de que tenía algún estupendo secreto o descubrimiento que impartir. Antes había protestado por sus antinaturales incursio-

nes en lo impensable; ahora que evidentemente había tenido cierto éxito, casi compartía su espíritu, por terrible que pareciera el costo de la victoria. A través del oscuro vacío de la casa, seguí la vela oscilante en la mano de esta parodia de hombre tembloroso. La electricidad parecía estar apagada, y cuando le pregunté a mi guía me dijo que era por una razón concreta.

"Sería demasiado... No me atrevería", siguió murmurando. Me fijé especialmente en su nueva costumbre de murmurar, pues no era propio de él hablar consigo mismo. Entramos en el laboratorio del ático, y observé aquella detestable máquina eléctrica, que brillaba con una enfermiza y siniestra luminosidad violeta. Estaba conectada a una potente batería química, pero parecía no recibir corriente; pues recordé que en su fase experimental había chisporroteado y ronroneado cuando estaba en acción. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast murmuró que aquel resplandor permanente no era eléctrico en ningún sentido que yo pudiera entender.

Ahora me sentó cerca de la máquina, de modo que quedara a mi derecha, y accionó un interruptor situado en algún lugar debajo del grupo de bombillas de cristal que coronaba la máquina. Comenzó el habitual chisporroteo, que se convirtió en un gemido, y terminó en un zumbido tan suave que sugirió la vuelta al silencio. Mientras tanto, la luminosidad aumentaba, disminuía de nuevo, y luego asumía un color pálido, outré, o una mezcla de colores que no podía ubicar ni describir. Tillinghast me había estado observando y notó mi expresión de desconcierto.

"¿Sabes qué es eso?", susurró, "es ultravioleta". Se rió extrañamente ante mi sorpresa. "Pensabas que el ultravioleta era invisible, y así es, pero ahora puedes ver eso y muchas otras cosas invisibles.

"¡Escúchame! Las ondas de esa cosa están despertando mil sentidos dormidos en nosotros; sentidos que heredamos de eones de evolución desde el estado de electrones separados hasta el estado de humanidad orgánica. He visto la verdad, y tengo la intención de mostrársela. ¿Os preguntáis qué os parecerá? Te lo diré". Aquí Tillinghast se sentó directamente frente a mí, apagando su vela y mirándome horriblemente a los ojos. "Tus órganos sensoriales existentes -los oídos primero, creo- captarán muchas de las impresiones, pues están estrechamente relacionados con los órganos dormidos. Luego habrá otros. ¿Has oído hablar de la glándula pineal? Me río del endocrinólogo superficial, compañero de dúo y de parvenu del freudiano. Esa

glándula es el gran órgano sensorial de los órganos, lo he descubierto. En el fondo es como la vista, y transmite imágenes visuales al cerebro. Si usted es normal, esa es la forma en que debe obtener la mayor parte. . . Me refiero a obtener la mayor parte de las pruebas del más allá".

Miré la inmensa habitación del ático con la pared sur inclinada, tenuemente iluminada por rayos que el ojo cotidiano no puede ver. Los rincones más lejanos eran todo sombras y todo el lugar adquiría una brumosa irrealidad que oscurecía su naturaleza e invitaba a la imaginación al simbolismo y al fantasma. Durante el intervalo en que Tillinghast permaneció en silencio, me imaginé en un vasto e increíble templo de dioses muertos hace mucho tiempo; un vago edificio de innumerables columnas de piedra negra que se elevaban desde un suelo de losas húmedas hasta una nublada altura más allá del alcance de mi visión. La imagen fue muy vívida durante un tiempo, pero gradualmente dio paso a una concepción más horrible: la de una soledad total y absoluta en un espacio infinito, sin vista y sin sonido. Parecía haber un vacío, y nada más, y sentí un miedo infantil que me impulsó a sacar del bolsillo de la cadera el revólver que llevaba al anochecer desde la noche en que fui asaltado en East Providence. Entonces, desde las regiones más lejanas de la lejanía, el sonido se deslizó suavemente hacia la existencia. Era infinitamente tenue, sutilmente vibrante e inconfundiblemente musical, pero poseía una cualidad de superación que hacía que su impacto se sintiera como una delicada tortura de todo mi cuerpo. Sentí sensaciones como las que se experimentan cuando se raya accidentalmente un vidrio molido. Simultáneamente se produjo algo parecido a una corriente de aire frío, que aparentemente pasó por delante de mí desde la dirección del sonido lejano. Mientras esperaba sin aliento, percibí que tanto el sonido como el viento aumentaban; el efecto fue que me dio una extraña idea de que estaba atado a un par de rieles en el camino de una gigantesca locomotora que se acercaba. Comencé a hablar con Tillinghast, y al hacerlo todas las impresiones inusuales se desvanecieron abruptamente. Sólo vi al hombre, a las máquinas que brillaban y al tenue apartamento. Tillinghast sonreía repulsivamente ante el revólver que yo había sacado casi inconscientemente, pero por su expresión estaba seguro de que había visto y oído tanto como yo, si no mucho más. Le susurré lo que había experimentado y me pidió que permaneciera lo más callado y receptivo posible.

"No te muevas", me advirtió, "porque en estos rayos podemos ser vistos además de ver. Te dije que los sirvientes se fueron, pero no te dije cómo. Fue esa ama de llaves tan espabilada la que encendió las luces de la planta baja después de que yo le advirtiera que no lo hiciera, y los cables captaron vibraciones simpáticas. Debió de ser espantoso; pude oír los gritos aquí arriba a pesar de todo lo que veía y oía desde otra dirección, y más tarde fue bastante horrible encontrar esos montones de ropa vacía por toda la casa. La ropa de la señora Updike estaba cerca del interruptor del vestíbulo, por eso sé que lo hizo. Se las llevó todas. Pero mientras no nos movamos estamos bastante seguros. Recuerda que estamos tratando con un mundo horrible en el que estamos prácticamente indefensos... No te muevas".

La conmoción combinada de la revelación y de la abrupta orden me produjo una especie de parálisis, y en mi terror mi mente volvió a abrirse a las impresiones procedentes de lo que Tillinghast llamaba "el más allá". Ahora me encontraba en un vórtice de sonido y movimiento, con imágenes confusas ante mis ojos. Veía los contornos borrosos de la habitación, pero desde algún punto del espacio parecía brotar una columna hirviente de formas o nubes irreconocibles, que penetraban en el sólido techo en un punto delante y a la derecha de mí. Luego volví a vislumbrar el efecto del templo, pero esta vez los pilares llegaban hasta un océano aéreo de luz, que enviaba un rayo cegador a lo largo de la trayectoria de la columna nubosa que había visto antes. Después de eso, la escena fue casi totalmente caleidoscópica, y en el revoltijo de imágenes, sonidos e impresiones sensoriales no identificadas, sentí que estaba a punto de disolverse o de perder de algún modo la forma sólida. Siempre recordaré un destello concreto. Me pareció contemplar por un instante una porción de extraño cielo nocturno lleno de esferas brillantes y giratorias, y al retroceder vi que los soles brillantes formaban una constelación o galaxia de forma establecida; esta forma era el rostro distorsionado de Crawford Tillinghast. En otro momento sentí que las enormes cosas animadas me rozaban y que de vez en cuando caminaban o se desplazaban a través de mi cuerpo supuestamente sólido, y me pareció ver que Tillinghast las miraba como si sus sentidos mejor entrenados pudieran captarlas visualmente. Recordé lo que había dicho de la glándula pineal, y me pregunté qué veía con ese ojo preternatural.

De repente, yo mismo me vi poseído por una especie de vista aumentada. Por encima del caos luminoso y sombrío surgió una imagen que, aunque

vaga, tenía elementos de consistencia y permanencia. Era, en efecto, algo familiar, pues lo insólito se superponía a la escena terrestre habitual, de la misma manera que una vista de cine puede arrojarse sobre el telón pintado de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica y la antiestética forma de Tillinghast frente a mí; pero de todo el espacio no ocupado por los objetos familiares no había ni una sola partícula vacía. Formas indescriptibles, vivas o no, se mezclaban en un desagradable desorden, y cerca de cada cosa conocida había mundos enteros de entidades extrañas y desconocidas. Asimismo, parecía que todas las cosas conocidas entraban en la composición de otras desconocidas y viceversa. Entre los objetos vivos, destacaban las monstruosidades medusas de tinta que se agitaban en armonía con las vibraciones de la máquina. Estaban presentes en una profusión repugnante, y vi con horror que se superponían; que eran semifluidas y capaces de pasar unas a través de otras y a través de lo que conocemos como sólidos. Estas cosas nunca estaban quietas, sino que parecían flotar siempre con algún propósito maligno. A veces parecían devorarse unos a otros, el atacante se lanzaba sobre su víctima y la borraba instantáneamente de la vista. Me estremecí al pensar que sabía lo que había borrado a los desafortunados sirvientes, y no pude excluirlo de mi mente mientras me esforzaba por observar otras propiedades del nuevo mundo visible que no se ve a nuestro alrededor. Pero Tillinghast me había estado observando y estaba hablando.

"¿Los ves? ¿Los ves? ¿Ves las cosas que flotan y se mueven a tu alrededor y a través de ti en cada momento de tu vida? ¿Ves las criaturas que forman lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿No he logrado romper la barrera; no te he mostrado mundos que ningún otro hombre vivo ha visto?" Oí su grito a través del horrible caos, y miré el rostro salvaje que se acercaba tan ofensivamente al mío. Sus ojos eran pozos de fuego, y me miraban con lo que ahora vi que era un odio abrumador. La máquina zumbó de forma detestable.

"¿Crees que esas cosas que flotan acabaron con los sirvientes? ¡Tonto, son inofensivos! Pero los sirvientes se han ido, ¿no es así? Intentaste detenerme; me desanimaste cuando necesitaba cada gota de ánimo que pudiera conseguir; tenías miedo de la verdad cósmica, maldito cobarde, ¡pero ahora te tengo! ¿Qué ha arrastrado a los sirvientes? ¿Qué les hizo gritar tan fuerte? . . . ¡No lo sé, eh! Pronto lo sabrás. Mírame -escucha lo que digo-, ¿crees que existen realmente cosas como el tiempo y la magnitud? ¿Crees que

existen cosas como la forma o la materia? Te digo que he llegado a profundidades que tu pequeño cerebro no puede imaginar. He visto más allá de los límites del infinito y he sacado demonios de las estrellas... He aprovechado las sombras que van de un mundo a otro para sembrar la muerte y la locura... El espacio me pertenece, ¿me oyes? Las cosas me persiguen ahora, las cosas que devoran y disuelven, pero sé cómo eludirlas. Es a ti a quien atraparán, como atraparon a los sirvientes... ¿Se mueve, querido señor? Te dije que era peligroso moverte, te he salvado hasta ahora diciéndote que te quedes quieto, te he salvado para que veas más cosas y me escuches. Si te hubieras movido, habrían llegado a ti hace tiempo. No te preocupes, no te harán daño. No hicieron daño a los sirvientes; fue el ver lo que hizo gritar tanto a los pobres diablos. Mis mascotas no son bonitas, porque vienen de lugares donde los estándares estéticos son muy diferentes. La desintegración es bastante indolora, te lo aseguro... pero quiero que los veas. Casi los vi, pero supe parar. ¿Tienes curiosidad? Siempre supe que no eras un científico. Temblando, eh. Temblando de ansiedad por ver las últimas cosas que he descubierto. ¿Por qué no te mueves, entonces? ¿Cansado? Bueno, no te preocupes, amigo mío, porque ya vienen... Mira, mira, maldita sea, mira. . . es justo por encima de tu hombro izquierdo. . ."

Lo que queda por contar es muy breve, y puede que os resulte familiar por los relatos de los periódicos. La policía oyó un disparo en la vieja casa de los Tillinghast y nos encontró allí: los Tillinghast muertos y yo inconsciente. Me arrestaron porque tenía el revólver en la mano, pero me liberaron a las tres horas, después de comprobar que era la apoplejía lo que había acabado con Tillinghast y de ver que mi disparo había sido dirigido a la máquina nociva que ahora yacía irremediadamente destrozada en el suelo del laboratorio. No conté mucho de lo que había visto, pues temía que el forense se mostrara escéptico; pero por el esquema evasivo que di, el médico me dijo que sin duda había sido hipnotizado por el loco vengativo y homicida.

Me gustaría poder creer a ese médico. Ayudaría a mis nervios temblorosos si pudiera descartar lo que ahora tengo que pensar del aire y el cielo sobre y alrededor de mí. Nunca me siento solo ni cómodo, y una horrible sensación de persecución me invade a veces de forma escalofriante cuando estoy cansado. Lo que me impide creer al doctor es un simple hecho: que la policía nunca encontró los cuerpos de los sirvientes que, según dicen, asesinó Crawford Tillinghast.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB